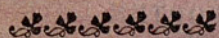


The Popular

Año II - N.º 79

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Barcelona, 30 Agosto 1922



Mary
Bayma
Riva

Notable artista
cinematográfica
del Programa
P. E. de Casals



20
Cénts.

Publicaciones Mundial

Calle Barbará, 15

BARCELONA

Postales de artistas cinematográficos

- 1 ROSCOE ARBUCLE (Fatty)
- 2 MARY ANDERSON
- 3 GERTRUDE ASHER
- 4 FRANCIS X. BUSHAM
- 5 ENIT BENNET
- 6 ALICE BRADY
- 7 THEDA BARA
- 8 BILLIE BURKE
- 9 JOHN BOWERS
- 10 FRANCESCA BERTINI
- 11 RICHARD BARTELMESS
- 12 CHARLES CHAPLIN (Charlot)
- 13 GRACE CUNARD (Lucille Love)
- 14 JUNE CAPRICE
- 15 IRENE CASTLE
- 16 BETTY CAMPSON
- 17 JAWEL CARMEN
- 18 JANE COWI
- 19 ALBERTO CAPOZZI
- 20 MARGARITA CLARK
- 21 WILLIAM DUNCAN
- 22 CAROL DEMPSTER
- 23 DOROTY DALTON
- 24 GRACE DARMOND
- 25 VIRGINIA DIXON
- 26 MAXINE ELLIOTT
- 27 JUNE ELVIDGE
- 28 JULIAN ELTINGE
- 29 DOUGLAS FAIRBANKS
- 30 FRANCIS FORD (Conde Hugo)
- 31 ALEC B. FRANCIS
- 32 GERALDINE FARRAR
- 33 PAULINE FREDERICK
- 34 FRANKLYN FARNUM
- 35 WILLIAM FARNUM

- 36 DUSTIN FARNUM
- 37 ELSIE FERGUSON
- 38 ETHEL GRAY TERRY
- 39 LOUISE GLAUM
- 40 KITTY GORDON
- 41 NEVA GERBEER
- 42 J. FRANCK GLENDON
- 43 SUSANA GRANDAIS
- 44 GLADYS GEORGE
- 45 JACK HOLT
- 46 MILDRED HARRIS
- 47 WILLIAM S. HART
- 48 ROBERT HARRON
- 49 CREIGHTON HALE
- 50 TAYLOR HOLMES
- 51 CLARA HORTON
- 52 LILLIAN HALL
- 53 SESUE HAYAKAWA
- 54 CAROL HOLLOWAY
- 55 JUANITA HANSEN
- 56 EDITH JOHNSON
- 57 MADGE KENNEDY
- 58 CLARA KIMBALL
- 59 MOLLIE KING
- 60 TILDE KASSAY
- 61 JAMES KIKWOOD
- 62 DORIS KENYON
- 63 DIANA KARRENE
- 64 MITCHEL LEWIS
- 65 MAX LINDER
- 66 LUISA LOVELY
- 67 GLADIS LESLIE
- 68 ELMO K. LINCOLN
- 69 VITTORIA LEPANTO
- 70 MONTAGU LOVE
- 71 ANA LUTHER
- 72 MAE MARSH
- 73 MARGARET MARSH
- 74 TOM MOORE
- 75 JOE MOORE
- 76 ANTONIO MORENO
- 77 MAE MURRAY
- 78 CLEO MADISON
- 79 JACK MULHALL
- 80 HARRY T. MOREY
- 81 THOMAS MELGHAM
- 82 PINA MENICHELLI
- 83 MACISTE
- 84 MIA MAY
- 85 FEBO MARI
- 86 SHIRLEY MASON
- 87 MABEL NORMAND
- 88 ANNA Q. NILSSON
- 89 HEDDA NOVA
- 90 ALLA NAZIMOVA
- 91 SENA OWEN
- 92 MARIE OSBORNE
- 93 JACK PICKFORD
- 94 DORIS PAWN
- 95 EDDIE POLO
- 96 MARY PICKFORD
- 97 LIVIO PAVANELLI
- 98 CHARLES RAY
- 99 WILL ROGERS
- 100 HERBERT RAWLINSON
- 101 WALLACE REID
- 102 CAMILO DE RISO
- 103 RUTH ROLAND
- 104 ANITA STEWARD
- 105 BLANCHE SWEET
- 106 LARRY SEMON
- 107 GUSTAVO SERENA
- 108 PAULINA STARK
- 109 CLARINE SEYMOUR
- 110 FANNIE WARD
- 111 CONSTANCE TALMADGE
- 112 NORMA TALMADGE
- 113 OLIVE THOMAS
- 114 MADELAINE TRAVERSE
- 115 MARIA WALLCAMP
- 116 GEORGE WALHS
- 117 PEARL WHITE
- 118 BEN WILSON
- 119 VERA VERGANI
- 120 KATERINE MAC DONALD
- 121 ENNY PORTEN

Precio, 20 céntimos

ARGUMENTOS

LA DAGA MISTERIOSA,

por Eddie Polo

EL VENGADOR,

por William Duncan

LA SOMBRA,

por Francesca Bertini.

EL REY DE LOS DETECTIVES,

por Jack Perrin y Kat O'Connor.

EL HOMBRE LEON.

LA MANO INVISIBLE.

por Antonio Moreno

LA NOVIA NUMERO 13

LA MUJER DESDEÑADA,

por Ruth Roland.

LA RED DEL DRAGON,

por Maria Wallcamp.

LA GRAN JUGADA,

por Anne Luther y Ch. Hutchinson.

PARIS MISTERIOSO

IMPERIA

LAS TRES SEMILLAS NEGRAS

MI ULTIMA AVENTURA,

por Susana Grandais.

EL ATLETA INVENCIBLE,

por Eddie Polo.

LAS HUELLAS PERDIDAS.

LOS JINETES ROJOS.

LA PRUEBA DE HIERRO,

(Agotado)

EL MONTE DEL TRUENO,

EL DIARIO DE UNA NIÑA,

por Margarita Clark

LA DUEÑA DEL MUNDO (tres cuadernos)

por Mia May

LA NOVELA DE UN JOVEN POBRE,

por Pina Menicelli

LA FORTUNA FATAL,

Precio, 25 céntimos

Estas postales y argumentos se hallan a la venta en nuestra Administración, Rambla del Centro, 11, entresuelo. También se remiten por correo previo recibo de su importe y del franqueo necesario. Descuentos a corresponsales y revendedores. Rebajas por grandes partidas.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

LOS HISPANÓFOBOS DE LA PANTALLA

ENTRE las filias y las fobias de la pantalla hay algo que afecta a nuestra honorabilidad y que es tema de hoy por comentarse dentro del periodismo cinematográfico. Se trata de la hispanofobia.

Hace poco leímos unas crónicas de un crítico de la pantalla americana que nos defendía caballerosamente; pero como no nos agrada el papel de víctima, que siempre implica un síntoma de inferioridad, siquiera sea ésta física, salimos al paso de las tales fobias cinematográficas.

Es cierto que abusan los norteamericanos de presentar nuestra raza hispana como prototipo de un cúmulo de malas cualidades morales.

En lo que afecta a la producción cinematográfica norteamericana, abúsase de ver en nosotros al ciudadano rencoroso, vengativo y celoso. Se agudizan estas notas cuando el personaje es un pobre mejicano.

Para la opinión general de Norte América no hay mejicano que no sea un perfecto canalla. Es muy corriente ese tipo, un poco repulsivo, del vaquero de Méjico, pobre o rico, con la clásica vestimenta local y un apellido hispano representando un papel de villano en el que el crimen innoble, las malas intenciones, el espíritu de traición, y un sin fin de otras perversidades forman el patrimonio moral de nuestro consanguíneo.

Conste nuestra protesta contra la animosidad hacia el pueblo mejicano, y como no nos duelen prendas, nosotros, que

ñías productoras y en las exhibiciones de películas en que uno de nuestra raza aparece bautizado con el nombre de canalla.

Al igual ocurre a veces con las películas francesas. Aun recordamos cierta producción de la vecina república que consiguió crispar nuestros nervios. Se trataba de un argumento en que se presentaba a nuestro pueblo con la estúpida visión de toreros y manolas y demás zarandajas, muy respetables en la divina Andalucía para los soleados días festivos, pero desconocidos en otras tierras hispanas como nota característica y aún bárbaramente mixtificada en el propio país andaluz.

Aparecía en aquella película francesa la idiota España de pandereta, inventada para fruición de las niñas de los Elíseos, o los «snubs» de Picadilly o Quinta Avenida. Y además de esto aparecía la mujer española, carente de sensibilidad, y contrastando—pues éste era el lema del argumento—con la superioridad espiritual de la mujer francesa, a juicio de nuestros vecinos, desde luego.

Estos casos, tanto en lo que a América como a Francia se refieren, no deben de repetirse, pues nosotros estamos dispuestos a recomendar a nuestro buen número de miles de lectores declaren el boycott a esa clase de películas que echan por tierra en una estúpida competencia étnica el prestigio de nuestra raza.

Aurelio



La bella artista Suzie Prim en el papel de Lottie de «La carta fatal» (Programa Verdaguer)

somos los primeros en aplaudir y alabar la gran producción cinematográfica de la joven y potente república, recomendamos a nuestros lectores hagan protesta manifiesta de tal propaganda anti-hispánica por medio de cartas dirigidas a las compa-

De aquí De allá

INFORMACION ABSOLUTAMENTE INEDITA EN ESPAÑA

La gran película Ben Hur

La «Goldwyn Film Co.» va a llevar a la pantalla con todo esplendor y riqueza de detalles este gran pasaje de los principios del cristianismo.

Se trata de una historia romántica de gran valor artístico. Algunas de las preciosas escenas son tomadas en la misma Italia y Palestina; entre ellas el penoso peregrinaje en el desierto de los Reyes Magos, guiados por la estrella de Belén; escenas de José y María; vista de Jerusalén, son todas ellas escenas de gran valor.

Hay también otros pasajes interesantísimos. Ben-Hur vuelve a su antigua casa y es recibido por su fiel Simonides; Ben-Hur visita el famoso jardín de Daphne y el templo de Apolo; revelaciones y bailes simbólicos de los devotos; las magníficas carreras, con los típicos carros de dos ruedas, ganadas por Ben-Hur en el Anfiteatro; la entrada de Jesús en Jerusalén, y al final, la reunión de Ben-Hur y su familia en el bosque de los olivos.

La cinta acaba antes de la crucifixión de Cristo.

¿Charles Ray al teatro?

Se dijo en tiempos que Charles Ray tenía un pánico supersticioso al teatro hablado y he aquí que imprevistamente corre el rumor de que Ray va a abandonar el cinematógrafo por una temporada con el fin de actuar en el teatro en una obra expresamente escrita para él.

La Gloriosa Aventura

La película en colores de J. Stuart Blanckton, parece ser, según informaciones recibidas, una preciosidad.

Esta producción, en la que aparece Diana Manners, será

proyectada en septiembre, simultáneamente en el viejo y nuevo continente.

Lo que no sabemos es si algún empresario español habrá conseguido también las primicias de estas primeras proyecciones.

Anne Bolt

La pequeña Anne Bolt es tan linda como inteligente. Aparece haciendo un precioso papel en la película *La Bohème*, como *Arlette* en los tiempos de niña.

El talento artístico de la pequeña Anne Bolt es de familia, pues tiene dentro del teatro parentescos muy conocidos. Su madre fué una conocida artista de circo, hija de un célebre profesor de música de la Escuela de Guildhall.

El caballo Tony de gloria en gloria

El célebre caballo Tony es el más afortunado de los irraccio-

nales mortales. Va de triunfo en triunfo.

Tony, el caballo de Tom Mix, es admirado e idolatrado en los estudios «Fox». Día tras día, Tony y Tom, caballo y caballero, van conquistando nuevos y bien merecidos laureles a través de mil peripecias y peligros.

En la carrera triunfal del caballo Tony ya anotamos en nuestras informaciones, hace poco tiempo, que había sido elegido como modelo por un gran escultor para un bronce de gran representación.

La gloria de Tony llega actualmente a su colmo. El famoso caballo va a trabajar como primera figura en una película, y su propio amo pasará, en ella, a la categoría de segunda.

Se trata de la adaptación que la «Fox» va a hacer de la preciosa novela «Alcatraz», nombre de un caballo que Max Brand, el novelista, da al protagonista de su libro.

Damos nuestra cordial enhorabuena al simpático Tony por sus triunfos.



El popular Cayena en «Deuda satisfecha» (P. Verdaguer)

Del Mundo de la Pantalla

Georges Carpentier, actor cinematográfico

Carpentier, al abandonar momentáneamente el ring para consagrarse al arte de la pantalla, se ha visto obligado a cambiar de *manager*.

Decamp, que entiende más de puñetazos que de juegos escénicos, ha cedido la plaza a M. J. Stuart Blackson.

Georges Carpentier, que ha hecho un contrato para representar seis films, está ya impresionando el primero, titulado: *Love's april*. Desde su debut, el célebre boxeador ha quedado encantado del cine.

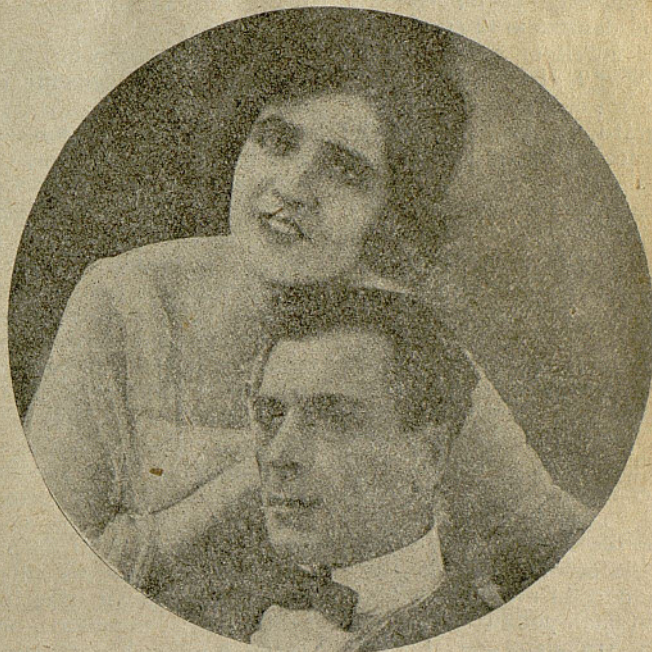
—La boxe—decía no ha mucho—es una cosa interesantísima, pero siento para el arte cinematográfico un entusiasmo tan grande como no lo he sentido nunca por los combates. Si obtengo un éxito franco en la pantalla, abandonaré el ring.

Carpentier tiene la ventaja de haber querido aprender antes de representar, y su director artístico ha declarado que no ha encontrado nunca un artista tan dócil y fácil de guiar.

Ensayo continuamente nuevas expresiones y siempre teme no haberlas interpretado perfectamente. Sus compañeros de trabajo confiesan que no esperaban hallar en él una tan grande conciencia profesional. Por otra parte, Carpentier es un amigo encantador que sabe hacer partícipes a los demás de su gloria.

—No basta que yo sepa dar un buen puñetazo para ser forzosamente un gran artista; lo que he interpretado ya en el cine no tiene valor alguno; era yo mismo el interpretado y no tenía necesidad de crearme una nueva personalidad. Hoy es otra cosa; experimento los sentimientos de otro personaje y debo adaptarme a él, y esto es el arte.

La película que está impresionando Carpentier, al parecer, producirá cierta sensación.



Jorge Larkin y Ruth Ruland

Una broma inocente

Recientemente se estaba representando en un puerto del Atlántico una escena de *Los viajes de Gulliver*. Un marinero debía caer desde lo alto de un mástil al puente del capitán y estrellarse el cráneo. Naturalmente, para ello fué empleado un maniquí, pero cayó con tal realismo y naturalidad que el público que presenció la caída desde el muelle profirió un clamor de espanto, corriendo en tropel al lugar del accidente.

La broma no terminó aquí, pues la gente se precipitó en socorro del herido; se le transportó con todas las precauciones debidas, y cuando la multitud estaba apiñada, el director de escena presentó, sonriente, el maniquí, que en su caída sólo se había estropeado la punta de la nariz.

La multitud que por un instante había tenido la impresión de una desgracia, fué la primera en reírse del engaño.

Fatty, actor de revista

Decididamente es un hecho el que Fatty, ante el boycott que se le hace en América, abandone la pantalla para constituirse en actor de revista.

La noticia nos llega de París: «Fatty acaba de ser contratado para trabajar en el teatro «La Cigale», donde interpretará el principal papel en la *Revue en janvier*».

Un argumento de 12,000 dólares

Este es el importe del premio que ha sido adjudicado al ganador del concurso de argumentos organizado por la «Goldwyn» con el concurso del *Daily News*, de Chicago. Hemos de añadir que este importante premio ha sido ganado por una joven de Florida por un manuscrito intitulado *Las cadenas rotas*.

F. R.

Hablando con Charles Spencer Chaplín

¿Mis principios en el cinematógrafo? ¡Qué lejos están!

Ciertamente, yo no confiaba ni en el desarrollo ni en el éxito de esta industria, y no pensaba en dedicar a ella mi vida.

Para mí el trabajo en el cinematógrafo no era más que un medio accidental de ganarme la vida.

Claro es que en aquella época nadie preveía que el cinematógrafo se había de convertir en un gigante de cien patas y mil brazos, capaz de extenderse sobre todo el Universo.

Yo debuté, por pura casualidad, en Los Angeles, que en los principios del cine fué el único centro de producción de películas de los Estados Unidos.

La compañía «Keystone» me ofreció, aceptándome en ella, ocasión de hacer ensayos para poner en práctica ciertas ideas que bullían en mi cerebro.

Yo tenía por compañero—cuando trabajaba en la casa «Keystone»—a Alberto Austin, que me había acompañado en mi viaje de Inglaterra a los Estados Unidos.

Ambos emprendimos una segunda «tournée» por los Estados Unidos en 1911, y en este año fué cuando formalmente empecé a dedicarme al cine.

Austin y yo trabajamos en un vaudeville de Fred Karno, titulado: *Una noche en un music-hall de Londres*.

En esta obra empecé a observar el efecto cómico irresistible que producía sobre los espectadores el hecho de separar los pies, saltar sobre una pierna y andar, en fin, como un hombre atacado por la ataxia.

Mis compañeros juzgaron que yo había hallado un filón, y, en verdad, he de hacer constar que nunca el procedimiento dejaba de producir hilaridad en el público.

Por consejo de Austin me calcé unos zapatos enormes, al objeto de que se notase más la original manera de andar que había adoptado.

Esto fué en la primera película en la que aparecí, y ella me

dió ideas para lo sucesivo. Durante una semana observé en los públicos más diversos el efecto de la película.

Mis pies desmesurados provocaban invariablemente una risa loca.

Los pantalones demasiado largos que uso, son fruto de este estudio, lo mismo que el ridículo chaqué de faldones exigüos.

El Charlot actual no es un personaje venido al mundo de un solo golpe; por el contrario, ha sido compuesto poco a poco.

Sin embargo, desde hace unos años no ha sufrido variación, y es que el público, a partir del momento en que acepta como bueno un tipo, le molesta todo aquello que pueda modificar la idea que de él tiene formada.

Charlot dejaría de ser Charlot si apareciera en la pantalla con actitudes nuevas, diferentes en todo de las ya conocidas.

Mi amigo, el público, no quiere de mí, en los papeles que desempeño, más que ver el tipo que le entusiasmó de una vez para siempre.

He podido hacer varias veces la experiencia.

Un día caí en el error de mostrarme tal como soy, con mi traje de calle. El público acogió mi trabajo con tal frialdad, que jamás lo olvidaré.

Los honorarios de mi primera semana en la casa «Keystone» fueron veinticinco libras esterlinas, pero ocho días después, y sin yo pedirlo, se me aumentó a treinta.

Entonces empecé a comprender que yo tenía algún mérito.

Después de una labor de dos años y medio en la casa «Keystone», entré en tratos con la «Essanay», con la cual firmé un contrato según el cual yo debía trabajar, durante un año, en doce películas, percibiendo como sueldo ciento treinta y cuatro mil libras esterlinas. ¡Una verdadera fortuna!

¿Por qué sigo cultivando el género cómico? Porque no puedo hacer otra cosa. ¿Os imagináis a Charlot trágico?

Mi público, desconcertado, me silbaría, y yo no volvería a valer tanto como hoy valgo.

Soy prisionero de mi propio tipo, de ese tipo que he creado, y que tantos éxitos me ha valido; es el modo de andar y la forma de llevar los pies.

Pues bien: eso lo aprendí en Londres de un pobre viejo vendedor de caballos.

El pobre hombre sufría una enfermedad nerviosa que le obligaba a andar mal, y a mí me divertía mucho, hasta el extremo de que aprendía a imitarlo para hacer reír a mis amigos.

Y he aquí mi secreto. Convertido en artista de cine llevé mi imitación del género particular al público y obtuve un éxito resonante.

Si yo no hubiese conocido en Londres al pobre vendedor de caballos, seguiría trabajando en compañías de comedias a razón de veinte libras semanales.

Ahora yo creo que seguiré siempre en el cinematógrafo.

¡Después de todo es bastante bueno para mí!

Mitre



Una escena de «Lord Percival»

Los grandes pequeños artistas de la pantalla

Hace algunos años se han representado entre nosotros, y con gran éxito, películas casi enteramente interpretadas por niños.

El público reía a carcajadas o sonreía paternalmente viendo a esos actores de cinco o seis años y a esas actrices de cuatro o cinco, esforzándose por imitar los gestos imperiosos de William Farnum o la mímica grácil de Mary Pickford. Sobre todo, en las escenas de ternura o de tragedia, los esfuerzos de aquellas criaturas por estar al nivel de la situación, resultaban sumamente eficaces.

Aun recuerdo como particularmente significativa una escena de *Aladino*, tal como la interpretaban los actores infantiles de la «Fox». Aladino—un Aladino no del todo parecido al de «Las mil y una noches»—va a salvar a su amada, retenida prisionera por un pretendiente despedido. La princesita enamorada y querida por Aladino, aparecía encerrada en una habitación que comunicaba, mediante una reja, con la jaula de leones feroces. Mientras la película llegaba a su momento álgido—el «climax» de los que no saben castellano—y Aladino pugnaba por socorrer a la princesa, se amenazaba a ésta con los leones, de los que sólo la separaban los barrotes del enrejado referido, y que abrían fauces hambrientas como ansiando devorarla. La escena era realmente impresionante y de haber sido representada por cualquier actriz adulta, habría sido tomada en serio. La protagonista de dicha escena, la deliciosa Virginia Lee Corbin, lloraba en esos momentos lágrimas que no eran seguramente artificiales y que no tenían nada que agradecer a la glicerina que en estos casos suelen usar las personas y aun astros mayores de la cinematografía. Seguramente, no era con los leones con lo que se atemorizaba a aquella criatura, pero no debían provocarse seguramente aquellas lágrimas con la oferta de perspectivas risueñas...

Pues bien, cuando la pobre princesita era salvada por Aladino en circunstancias altamente dramáticas, ella, en presencia de su liberador, se desmayaba como una actriz, pero como una excelente actriz.

Todo el público encontraba graciosa aquella escena y la festejaba con carcajadas ruidosas.

El que aquella chiquilla de cara regordeta, alta como un florero y

rubia como un angelito, se desmayase como una Dorothy Dalton, les parecía a los espectadores de una comicidad irresistible.

Y, sin embargo, nada menos hilarante que la vida común de los niños actores, por poco que se piense y se sepa lo que ella es en realidad. No es la vida novelesca de los niños arrebatados a sus padres y errantes por los caminos en medio de titiriteros; pero no creemos que sea preferible.

Tomemos el ejemplo de los actores infantiles del cine, por representar la situación actualmente más envidiada entre sus congéneres.

El actor infantil de cine, lleva de dos a doce años—los hay de todas las edades comprendidas en la infancia y la adolescencia,—la mis-

ma vida que las mujeres y actores hechos encuentran agotadora.

La búsqueda de una contrata, las esperas en las antecámaras directoriales, el desplazamiento en busca del paisaje conveniente, las esperas al rayo del sol y las actuaciones a la luz ennegrecedora de los reflectores eléctricos, toda esa vida nómada y galvanizadora del comediante avezado la hacen esos niños de igual o peor modo que los hombres hechos.

Por lo demás, si los actores infantiles del cine no actúan con la frecuencia con que lo hacen sus camaradas adultos, no vaya a suponerse que esto se hace en beneficio de aquéllos. Nada de eso; es que los niños se desgastan mucho más rápidamente.

En París se suspende una película de toros

Hace poco tiempo proyectóse en París una película que figuraba la corrida de toros que a beneficio de los soldados de Melilla se celebraba en Madrid.

La cinta no fué del agrado de los espectadores, un poco, acaso, por el tema bélico marroquí y otro porque la cinta no estaba todo lo clara que fuera de esperar. El caso es que el operador hubo de suspender la proyección antes de terminada.

Un cronista francés atribuye este fracaso a las malas condiciones que tiene el cinematógrafo para reproducir fielmente escenas tan llenas de color como son las de la fiesta nacional española. Desde el comienzo de la representación se vió el fracaso ruidoso, pues el abigarrado conjunto del público de toros aparecía reflejado friamente, sin los entusiasmos propios del espectáculo, como una multitud anodina. Los lances de capa se sucedían uno tras otro sin hilarción. La suerte de varas era más inhumana que vista en la realidad. Las faenas de Belmonte,

para las que existía gran expectación, no produjeron el más leve rumor de agrado. Los parisienses sufrieron una de las decepciones mayores al ver la falta de gracia y de emoción de una «course de taureaux» vista en la pantalla.



Lydo Manetti, intérprete de la película «¡Adiós, Musetta!» (Programa Verdaguer)

Consejos para los que quieran ser artistas cinematográficos

En principio, toda persona que posea una figura atrayente, un rostro expresivo, movable y permeable a todas las emociones, puede pensar en dedicarse al arte mudo, si siente la necesaria vocación.

Respecto de la vocación, a la que llamamos así y no afición, porque suponiendo la existencia de aquella se da por supuesto que el artista se halla dispuesto a realizar los esfuerzos y sacrificios necesarios, lo que puede no ocurrirle al simple aficionado, es difícil a los demás saber si verdaderamente se posee.

Nadie puede fallar sobre este punto como el interesado.

Pero se puede sentir la vocación, se puede poseer la previa condición mencionada y entonces, antes de confiar en el éxito hay que pensar en el estudio del arte. Queremos decir que el verdadero artista no se produce por generación espontánea, sino que es hijo de su trabajo, de su perseverancia. Puede hallarse dotado un artista de las más brillantes facultades, puede hallarse favorecido con el más sobresaliente ingenio y de la misma manera que sin el estudio no pueden ser clásicas ni perfectas las condiciones del pintor, fracasará en su empeño si lo fía todo a su intuición, a la inspiración del momento.

Por eso, descontando en el presunto artista las predisposiciones para el arte mudo, suponiéndole una sensibilidad suficiente, hay que exigirle igualmente una cultura general, un conocimiento de las leyes estéticas que le hagan saber, por ejemplo, que si el arte es emoción, esta emoción debe buscarse en lo más bello de la naturaleza.

No todo el mundo, naturalmente, tiene la suerte de nacer en un medio propicio a la adquisición de esa cultura. Pero su mérito será mayor si luchando con la adversidad logra elevarse de un medio modesto a otro que lo sea menos. Además, hay que desechar en absoluto la idea de que pasados los años de la infancia la vida está ya definitivamente orientada, o, mejor diríamos en este caso, desorientada. A los cincuenta años, uno de los más brillantes escritores españoles



Diomira Jacobini en «Adiós, Mussetta»
(Programa Verdaguer)

se ha aplicado al estudio del idioma griego.

Esta cultura general es necesaria para evitar errores groseros, capaces de quitar toda emoción a la escena más interesante y mejor representada—errores de indumentaria, anacronismos cuando se representan cuadros históricos. Pero además sirven para dar mayor prestigio a la labor de un artista. Un detalle bastará para juzgar: cuando la artista debe tocar un piano en escena, se advierte rápidamente si es la primera vez que se coloca ante el teclado, por la gracia o la torpeza de sus movimientos, imposibles de improvisar. No puede exigirse, claro es, que para dedicarse al arte mudo comience por aprender a tocar el piano; pero es natural que se pretenda que si trata de representar una escena en que haya de tocarlo, haya puesto atención previamente, se haya ensayado lo bastante para dar al público la sensación de que las manos que acarician las teclas lo hacen con un ademán familiar.

Cuanto a las leyes de la estética, en el arte mudo es indispensable conocerlas, porque se puede dar a una escena el mayor realismo, pero se debe huir siempre de lo que repugna, de lo feo, en una palabra. Nosotros hemos visto quedarse casi desierta una sala de cine cuando se proyectaba una película interesante, pero en la que tenían intervención principal unas ratas.

No podríamos, ni es necesario, dar aquí un índice de los conocimientos que supone lo que llamamos una cultura general. Para ello nos remitimos al sentido etimológico de la palabra, que quiere decir, como nuestros lectores no ignoran, un cultivo del espíritu que alcance ligeramente y sin especializarse, a todas sus actividades; un poco de historia, otro poco de lite-

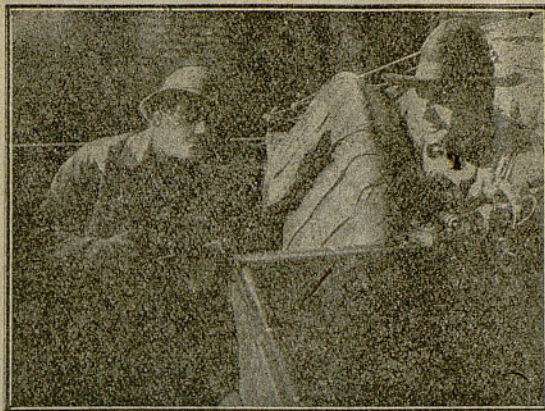
ratura... No se tiene idea, no la tienen muchos de los que poseen esa cultura sin utilizarla para especulaciones espirituales, de lo que influyen unas artes en otras, de lo que facilita el conocimiento de otra, de lo que afinan la sensibilidad para futuras comprensiones.

Resumamos: todo lo que sepa, el futuro artista no le estorbará, sino al contrario. Todo lo que aprenda, orientándose ya en el orden artístico o en el histórico—y ello mediante frecuentes lecturas,—le servirá para su especialidad. Si se ha dicho, aplicándolo a todo el mundo, que todos los días son buenos para aprender, repárese en lo que conviene aprender y renovarse a un artista que esté dispuesto a llevar a la pantalla las complejidades de carácter, la vida o lo más saliente de la vida de mil tipos diversos.

Recordamos una anécdota que figura en los libros de texto de las Escuelas alemanas, muy sugeridora y muy edificante, a este propósito: Un pintor había terminado un cuadro de buen tamaño que mereció los elogios de sus compañeros y de su maestro. Satisfecho, orgulloso de sí mismo, el pintor, cuando se creía solo, pasaba largos ratos contemplando su obra. Hasta que una mañana, al disponerse a contemplarla de nuevo, la encontró rasgada en pedazos. Lleno de cólera buscaba sobre quien descargarla, cuando apareció el maestro.

—Yo soy—le dijo—el que rompí tu cuadro. Tú no admirabas el arte en tu obra, sino que te admirabas a ti mismo. Y, sin embargo, no pasaba de ser un ensayo afortunado. Coge los pinceles y ponte al trabajo de nuevo...

Algunos meses más tarde, aquel pintor había hecho su obra maestra: «El sacrificio de Ifigenia». Porque el pintor era Timanthes...



Una escena de la película «Ladrón de joyas»
(Programa Verdaguer)

DE NUESTRO CONCURSO DE CRÓNICAS

LOS ARTISTAS CÓMICOS

Charlie Chaplin es, indiscutiblemente, un artista con grandes conocimientos artísticos. Su trabajo, examinado detenidamente, está dotado de un exquisito mérito, que al buen aficionado no debe pasar desapercibido; algunas escenas son completamente originales y dotadas, casi siempre, de una gracia inefable, que le da un valor muy superior al de la película en general. Pero el defecto, a mi parecer, de sus películas está en que para su interpretación recurre, en algo, al «clown». El público distinguido ya no gusta de esas películas de movimiento, que sólo hacen reír a los niños, sino que reclaman un trabajo serio-cómico, desechando por completo los *castañazos* que tan a menudo se reparten en las producciones de Charlot.

Exceptuando este defecto, puede considerarse como el mimo más inteligente y perfecto dentro de la cinematografía.

Pasemos, ahora, a Harold Lloyd; éste es otro de los «ases» cómicos, quizá el que ocupe el puesto de Chaplin dentro de muy poco tiempo, cuando ventajosos contratos le obliguen a «filmar» películas de más metraje, en donde pueda demostrar al público sus facultades artísticas. Aunque sus creaciones son de mucho gusto, no por eso dejan de ser «astracadas»; pero este artista no lleva en el tipo, como Charlot, el de «clown», y es quizá esto lo que le ha dado tanta fama en la pantalla.

Sin ningún indicio de payaso, sin ninguna caracterización del rostro, se presenta el famoso Max Linder, que en otro tiempo tuvo éxitos cla-

morosos como justamente se merecía; su trabajo es elegante, sencillo. Lleno de una sutileza pagante ha hecho su reaparición en *Siete años de mala suerte*, comedia cómica, en la que ha contribuido de un modo eficaz la buena presentación de la casa productora.

Quizá Max no posea el talento de Carlitos para el género cómico, pero su naturalidad, su manera tan original de trabajar ante la máquina le hace digno de todo aplauso por parte del inteligente «amateur».

No dudo que las sucesivas producciones de este artista serán acogidas entusiastamente por el público, ya que compañías como la «Robertson-Cole» no escasearán por su parte lo necesario para la perfecta «mise en scene» de una comedia original.

De Larry Semon me limito a decir que es uno de los reyes del «clown», pues así lo demuestra en su trabajo de tonto de circo, origen de su antigua profesión de farandulero. Haciendo la competencia a éste se presenta Ben Turpin con su tipo de monigote ridículo; las producciones de estos dos últimos cómicos sólo se pueden calificar entre las de las inverosímiles.

Otro artista que quizá algún día pueda hacer algo es Harry Pollard; tiene un trabajo muy personal y, apartando el defecto de la mayoría de los cómicos, está dotado del secreto de hacer gracia.

De Arbuckle, lo de todos, con alguna iniciativa de formalidad artística, pero en pocas ocasiones.

Temiendo se haga demasiado extensa mi publicación, doy las gracias a mis simpáticas lectoras y lectores, que me honran con la lectura de mis pobres líneas, y de ambos se despiden con un cordial saludo su leal amigo

José Miralles

A Eddie Polo le explotan las compañías de seguros

El gran Polo está pasando una verdadera peregrinación siempre que tiene que reanudar la póliza de seguro sobre su vida.

Inmediatamente antes de comenzar a trabajar en *El sello de Satanás*, su última serie «Universal», Edie Polo tomó una póliza adicional sobre la vida y accidentes, la cual fué finalmente colocada entre cinco compañías.

Una comisión formada por los representantes de varias Compañías de seguros, leyeron el argumento de la obra y resolvieron aplicarle una enorme tarifa, compatible — dijeron — con los terribles riesgos a que tendría que exponerse en la filmación de dicha serie.

Con la idea de que se redujera algo tan exorbitante prima, Eddie Polo llevó a cabo una exhibición, en la cual demostró que su gran fuerza y habilidad reducían en mucho los riesgos a que se exponía. Pero los representantes de las Compañías sostuvieron que el hombre que se lanzaba al mar desde las murallas del castillo del Morro, en la Habana, que sostenía furiosas peleas en las jarcias de un buque, o en otras ocasiones arriesgaba su cabeza, no era seguro conveniente a ninguna de las tarifas comunes.

La póliza fué finalmente emitida y Eddie Polo se marchó a Cuba, país en que se impresionaron varios episodios de la serie a que nos referimos, y donde, no tan sólo arrojó los peligros que aterrorizaron a los agentes de las Compañías de seguros, sino que aún agregó algunos más por su cuenta, los cuales, como ellos lo habían predicho, hubieran impedido que Eddie Polo consiguiera su póliza de seguro a ningún precio, valiéndose de todos los medios.

Las víctimas del divorcio

EXCLUSIVAS P. E. DE CASALS

GRAN DRAMA DE LA SUPERPRODUCCION
«FOX», EN 2 JORNADAS, ESCRITO Y PUES-
TO EN ESCENA POR EL EMINENTE AUTOR
AMERICANO FRANCK LLOYD.

El divorcio, como todas las grandes cuestiones que afectan a la organización de la familia, ha producido dramas horribles que han hecho verter muchas lágrimas.

En éste un intenso drama social, en que el autor se complace en presentarnos en toda su abrumadora tristeza el cuadro de esas sociedades muy modernas y muy refinadas, donde existe la ley humana del divorcio.

A pesar de sentir por su esposa y por su hija un cariño entrañable, Enrique Landom abandona todas las noches su hogar, tan lleno de ternura, para ir a vivir por unas horas la vida animada y frívola del club. Entre tanto, Marta, su esposa, cuyo único ideal es labrar con su amor la felicidad de los suyos, desea ardientemente que vuelvan para ella aquellos dorados días en que el marido no se separaba nunca de su lado.

Una noche, al regresar del club, después de sostener una viva discusión sobre el desamparo en que los hombres modernos dejan a sus esposas, Landom se encuentra a Marta hablando con su vecino Ricardo Stanler, que, acabada su carrera de Derecho, venía a despedirse de la mujer que amaba secretamente. Algunas palabras cálidas, de amor, pronunciadas por el abogado, llegaron a los oídos de Enrique, y guiado sólo por las apariencias, sin querer escuchar las explicaciones de su esposa, creyéndola culpable de un delito que no había cometido, gestiona el divorcio y se separa de Marta, llevándose consigo a la hija de ambos.

Han pasado dos meses. El egoísmo de los hombres ha empujado a una débil mujer hasta la sala del Tribunal. Y los jueces se disponen a pronunciar su sentencia contra la desgraciada Marta Landom, acusada de un delito que no cometió. Falta de amigos leales en aquella situación, Marta no tiene más remedio que echar mano, para su defensa, de Daniel Hopkins, un abogado sin escrúpulos, despreciado por sus colegas del foro. Y el resultado no se hace esperar. La voz inexorable de la ley condena a la mártir a la eterna separación de su esposo y de su hija, aquellos seres que eran toda su vida...

Quince años transcurren lentamente. Enrique Landom, consagrado por entero a su hija, no ha podido, sin embargo, olvidar el doloroso pasado, y a menudo la imagen de la mujer que amó turba su sueño. Florencia, su hija, se encuentra en vísperas de casarse con el joven fiscal Gerardo Livingstone, un hombre emprendedor, que prepara su candidatura al Senado. Pero ella no recuerda nada de su madre. Nada en su hogar le habla del cariño maternal que perdió en los días risueños de la infancia.

Mientras tanto, Marta, despreciada de todos, arrojada del seno de la sociedad, fundó, para vivir, un círculo de recreo, que funciona a espaldas de la policía, y al cual asisten hombres venidos de todos los pue-

blos del mundo. También ella quiere olvidar su pasado, pero no puede. En su alma riñen terrible batalla el odio hacia los hombres que la empujaron al abismo donde se halla y el amor infinito que todavía siente por su marido y por su hija.

Un día Florencia y Gerardo unen sus vidas y la felicidad sonríe para ellos. Pero dura poco. Daniel Hopkins, el abogado sin escrúpulos que defendió a Marta, visita a Florencia para hacerla víctima de un



«El inculcado», segundo episodio de la celebrada película «La aventurera de Montecarlo» (Exclusivas «Gaumont»)

vulgar *chantage*. Sabiendo que a Livingstone, por su carrera política, no le conviene el escándalo, él, que conoce a fondo la vida de los padres de Florencia, descubre ante ésta el drama de que fué víctima su madre, contándole además cómo la pobre mujer se ha visto obligada a colocarse al margen de la sociedad. Florencia no quiere creer tantas infamias, y entonces Hopkins le recomienda que visite el Círculo de la Corona, que regenta su madre, donde se podrá convencer de la verdad de sus afirmaciones.

Sin consultarlo con nadie, sin darse cuenta del peligro que corre su reputación, Florencia se presenta en el Círculo de la Corona, y madre e hija se encuentran frente a frente. Pero Marta, sacrificando su gran amor en aras de la felicidad de su hija, con el corazón partido por el dolor, niega a Florencia que ella sea su madre. Esta confesión echa por tierra los planes de Daniel Hopkins, que, sin poderse contener, entra en la habitación donde se encuentran las dos mujeres, tratando de obligar a Marta a decir ante su hija toda la

verdad. Y es entonces cuando Marta Landom, viendo perdido su sacrificio, dispara sobre el bandido, a tiempo que suenan los timbres de alarma avisando que la policía acaba de entrar en el local.

Al día siguiente los periódicos contrarios a la candidatura de Livingstone daban la noticia de que la esposa del fiscal había sido detenida por la policía en el Círculo de la Corona, y sobreviene el rompimiento entre los dos jóvenes esposos. También Florencia es ino-

cente y también los hombres la empujan a la Sala del Tribunal, para declarar como una delincuente.

En la vista de la causa por divorcio de Gerardo Livingstone contra su esposa, Marta Landom se sacrifica nuevamente. Es el presidente de la Sala aquel mismo Ricardo Stanley, cuyo egoísmo, al no explicar noblemente ante Landom el significado de sus palabras, había perdido en otra ocasión a la desgraciada Marta. Y, llamada como testigo de importancia, Marta habla de su vida, rota por las apariencias, habla de la felicidad de su hija, destrozada también, se acusa de haber matado a Daniel Hopkins... Y por último, dirigiéndose al presidente, dice:

—Ese hombre que juzga hoy a Florencia es el que con su egoísmo cobarde me empujó al abismo donde hoy me debato.

Y Gerardo y Florencia se vuelven a unir allí mismo con un abrazo de amor. Y Enrique Landom le dice a su esposa:

—Perdón, Marta... Ahora comprendo toda la enormi-

dad de mi culpa. Todavía puede sonreír para nosotros la felicidad, una felicidad cimentada sobre todos los dolores...

Pero ella le contesta:

—Gracias, Enrique; mi alma permanece fiel a tu recuerdo, y al menos, aunque amargada por el dolor, al oír tus palabras de perdón, creo que no tengo derecho a recordar el pasado.

Y el tiempo, que cura los dolores, tal vez lleve un rayo de felicidad a la vida martirizada de aquella mujer, a quien tanto hizo sufrir la ley injusta del divorcio...

FIN

SIN NOMBRE

DRAMA EN CUATRO PARTES, SELECCION DE
LA PRODUCCION «FOX».—PROTAGONISTA:
JUNE CAPRICE

Cerca ya de alcanzar el ideal de toda su vida, la gloria, Pedro Santenay, un violinista que ha encanecido en el trabajo y en el estudio, vive una existencia modesta al lado de su hija Rosalía, una niña preciosa, que es el rayo de sol que ilumina la vida del artista. Pero un día la fatalidad destruye la felicidad de aquel hogar. El violinista es arrollado por un automóvil, y después de algunas semanas de luchar entre la vida y la muerte, sale del hospital completamente curado; pero el golpe terrible ha oscurecido su memoria, haciéndole olvidar el pasado venturoso.

Rosalía es recogida por una buena vecina del músico, que se encuentra enferma, y a su lado permanece hasta que la muerte la separa de su protectora. Entonces el hospicio le abre sus puertas y ella entra en él, llevando por todo patrimonio el viejo violín de su padre.

Y pasan los años lentamente, poniendo un poco de amargura en el alma de la niña, de Rosalía. Pedro Santenay recobra la memoria y se dedica a dar clase de música, para poder vivir. Su hija, entretanto, conoce al matrimonio Blinn, una pareja de aventureros, que, encantados con la belleza de la muchacha, le proponen llevarla consigo a Nueva York, con el propósito oculto de explotarla en su beneficio. No acepta Rosalía la proposición, mas se ve obligada a ello, pues un día, huyendo del hospicio, donde la maltrataron bárbaramente, busca refugio en casa de sus protectores. Y va a Nueva York, y se transforma en una señorita, y los Blinn, cuidando de rodearla de todos los atractivos, la llevan a dar clases de música con el viejo maestro Santenay. Una viva corriente de simpatía une a aquellos dos seres, sin reconocerse, y la esposa de Blinn, temiendo perder su tesoro, separa a la hija del padre.

Una noche, los Blinn dan una fiesta en su casa, para presentar a Rosalía al multimillonario Weston, que se queda prendado de los encantos de la joven. Aquella noche Blinn, enloquecido por la belleza de Rosalía, tratar de abusar de su debilidad, y ella huye a casa del viejo músico. Sobreviene una explicación entre aquellos dos seres maltratados rudamente por la vida, y ambos se reconocen. Y para completar el cuadro de felicidad, llega en aquel momento Ricardo Weston, que va a ofrecer a la joven su corazón, su mano y su fortuna.

Así termina este drama intenso y humano, en el que June Caprice realiza una creación de arte asombrosa.

FIN

EL SALTEADOR ENMASCARADO

(Continuación)

Mientras continuaba el interrogatorio llamó la atención de todos los invitados que Clundert pidiera su sombrero y se marchara antes de terminar la fiesta y como alguien expresara su extrañeza, el joven contestó:

—Me han llamado por teléfono para un asunto urgente que hace necesario mi presencia... de no ser así, ¿cómo iba a privarme yo de tan agradable compañía a la que debo el haber pasado la velada más agradable de mi vida...?

Sonriendo e inclinándose galantemente ante la señora Calvest, salió del salón y montando en su veloz «Stutz» desapareció por la carretera iluminada solamente por la plateada luz de la luna.

Algo más dulce que el deber obligaba al detective Steele a permanecer en casa de los Waine. La gracia y hermosura de María Calvest no podía pasar desapercibida a quien tiene por oficio indagarlo todo y fijarse en todo. También había reparado Steele en que la belleza varonil de Clundert era muy grata a los ojos de María, que después del romántico amor por el Salteador también reservaba en su corazón un hueco al simpático William.

De ahí que por un lado el deber y por el otro la inclinación que sentía hacia la señorita Calvest, hicieron que se tomase por el salteador a quien suponía la misma persona que Clundert, con interés que sobrepasaba los límites del profesional para aprestarse en un duelo de astucia con un temible rival, al que debía combatir tenazmente para alcanzar un éxito de resonancia y merecer el amor de María a la que con sobrada razón suponía siempre dispuesta a enamorarse del hombre que diese palmarias pruebas de su valor.

Habiendo concebido este plan, procura en su conversación hacer recaer las sospechas de los asaltos en la persona de William y con esta idea dice a la joven:

—Es un joven muy interesante el señor Clundert, ¿verdad? Y casualmente llegó poco después de ustedes, y por rara coincidencia usaba también un coche de sport muy parecido al que utiliza el salteador enmascarado.

A lo que la joven, comprendiendo las intenciones de Steele, replica:

—Es verdad; pero también he observado que usted llegó poco antes que nosotros. Y también su auto es muy veloz, señor.

En la respuesta de la joven ha adivinado Steele que sus tendenciosas palabras no han surtido el efecto deseado, y renuncia a seguir por aquel camino, que en vez de conducirlo a la victoria le ocasionaría la antipatía de la señorita Calvest.

Aquella misma noche en casa de William ocurrió un misterioso suceso.

Hallábase éste sentado a su mesa de trabajo, repasando los extractos de sus cuentas corrientes en los bancos, cuando por una de las ventanas del aposento penetró, pistola en mano, un joven que, usando del poder sobrenatural que poseemos los novelistas más o menos célebres, examinaremos detenidamente.

Léese en su cara y adviértese en sus ademanes que no se trata de un profesional del robo. La fuerza es superior a su voluntad. La necesidad imperiosa de satisfacer uno de los más caros deseos del alma le obliga a atentar contra la propiedad ajena.



William Russell en esta colosal película
(Programa Verdaguer)

Clundert, que posee un valor sereno, en vez de dejarse imponer por el desconocido le encara su pistola intimándole a que guarde la suya y se ponga a su disposición, porque si intenta huir un certero disparo dará cuenta de su existencia.

Obedece al asaltante y entre él y William se entabla el siguiente diálogo:

—De fijo que no sabía adónde entrabas. Mírame bien, y dime si tengo cara de dejarme robar fácilmente.

—Yo, señor...

—Parece que la voz te tiembla. ¿Y eres tú el ladrón que quería amedrentarme?

—Yo, señor... no he robado nunca.

—¿Es decir, que pensabas debutar hoy? Pues has elegido mal escenario porque aquí sólo podrás encontrar alguna onza de plomo.

Al oír estas palabras, el presunto ladrón deja ver en su gesto de espanto que verdaderamente es poco práctico en el lucrativo y arriesgado oficio de asaltar las casas ajenas, y William, que, como hombre astuto e inteligente, lo ha comprendido, con un gesto le obliga a tomar asiento, diciéndole al mismo tiempo:

—¿Por qué si no habías robado nunca me has elegido a mí para tu primera víctima?

El desconocido, acomodándose tímidamente en el sillón, tomó aliento como para un largo relato y habló de esta manera:

—Mi profesión es chofer. Mi nombre Daniel Murphy, y jamás muchacha alguna me había llamado la atención hasta que una tarde que no debía de prestar servicio con mi coche por ausentarse de la ciudad el señor en cuya casa yo estaba de empleado, fuíme a pasear al Parque Central, en donde trabé conocimiento con una gentil camarera del Hotel Astor, cuya belleza y simpática y amena conversación hicieron que me enamorara locamente de ella. Entablamos relación y entre otras cosas, díjome que se llamaba Carmencita, contaba 24 años de edad, no teniendo familia, por lo cual era su deseo casarse cuanto antes a fin de tener quien le ayudara en la lucha por la vida, cuyos sinsabores en más de una ocasión ella había padecido.

El amor fué en aumento, estrecháronse sus relaciones y habiendo decidido casarse vieron con profundo disgusto que les faltaban 500 duros para instalarse en un confortable nido de amor...

Dispuesto a todo antes que renunciar a la felicidad soñada y faltar a la palabra dada a su novia, se había arriesgado a penetrar en su casa para robarle únicamente aquellos 500 duros, que eran el precio de su dicha.

(Continuará)

que irritado contra ella porque no le amaba, la había amenazado y que Atilio merecía ir a presidio por haberla calumniado.

El Juez miraba a Pepe con severidad, después de amenazarle por su atrevimiento, le dirigió mil preguntas que el funcionario creyó necesarias para esclarecer el hecho. Y viendo que era imposible saber más de lo que había declarado ya el padre, ordenó fuese conducido de nuevo á la cárcel.

Le había llegado el turno a Juan el herrero, pero antes de entrar éste, el alguacil anunció que había llegado el conde Silvano de Téana solicitando audiencia.

—Que pase...—exclamó con viveza,—continuaré mañana los interrogatorios. Y levantóse de su asiento para salir al encuentro del conde.

III

Si el magistrado esperaba la visita de un hombre desesperado por el dolor y la vergüenza, su desilusión debió ser extrema.

El conde Silvano penetró con la cabeza erguida, el semblante tranquilo, casi risueño, y cambió un cortés saludo con el juez instructor.

—Si no me hubiese usted mandado a llamar—dijo Silvano,—igualmente hubiera venido a pedirle el favor de escucharme, pues debo hacer á usted importantes revelaciones, que quizá eviten un escándalo, un proceso injusto y una desilusión por parte de usted.

Estas últimas palabras no fueron del agrado del Juez y su fisonomía tomó una expresión burlona.

—No lo creo, señor conde—exclamó, procurando dulzurar el tono acre de su voz,—y temo que quien se ha hecho ilusiones sea usted; sin embargo, cualquiera en la situación en que usted, haría lo mismo, porque es muy doloroso sospechar de la mujer amada; creerla culpable.

Silvano exclamó con un movimiento de fiereza y de cólera desdenosa:

—No considero culpable a mi esposa, nunca he sospechado de ella.

El Juez instructor quedó algo desconcertado.

—Perfectamente—balbuceó.—Pero hágame el obsequio de sentarse, conde: nos explicaremos mejor.

—Ese es mi deseo, y antes hubiese venido, pero estaba ocupado en recoger las pruebas que demostrarán a usted plenamente la inocencia de mi esposa.

—¿Su inocencia?—interrumpió vivamente el magistrado.—¿Olvídate usted que la condesa ha confesado su delito?

—Su delito no. Mi esposa ha declarado que hirió al marqués Atilio por defender su honra.

enteré del delito; hablé con mi amigo y decidimos venir a prestar declaración, que quizá parezca comprometedora para la detenida pero no lo es. Porque puedo asegurar que la mujer le seguía a la fuerza, con la cabeza baja, y juraría que iba llorando. Creo que si ha herido a su acompañante, poderosas razones la habrán obligado.

—La razón era que quería quitarle de enmedio para casarse con otro—dijo el magistrado.—Esa pérdida tenía premeditado el delito.

—Se necesita valor para intentar matarle sola—dijo el comerciante.

—¿Quién dice que estaba sola? Tenía cómplices.

Los hombres se miraron sorprendidos.

—Pero si nosotros sólo hemos visto a la mujer con el joven—dijo el agente.

—Los cómplices estaban en acecho cerca de allí—añadió el Juez.—Basta. ¿Juran haber dicho la verdad?

—Lo juramos.

El funcionario despidió a los dos hombres, y después de permanecer algunos instantes pensativo, hizo llamar a los demás detenidos. Estos debían entrar de uno en uno.

El primero fué el viejo Nicolás.

Entró el calderero, encorvado, apoyándose en un bastón, y arrastrando penosamente las piernas. Tenía el semblante sombrío y no ocultaba su disgusto no por su prisión, sino por la de Virgencita y Pepe.

El Juez lo miró con severidad.

—Síntese—exclamó con brusquedad.

El calderero obedeció sin decir palabra.

El magistrado revolvió unos papeles y volviendo a mirar al detenido, exclamó:

—¿Quién es usted?

—Nicolás Niola—respondió el viejo,—de sesenta y cinco años, calderero ambulante, nacido en España y ahora domiciliado en Turín en el paseo de Moncalvo, villa «Rosita».

Esta respuesta la dió sin resollar, con voz ronca, casi en tono burlón, diciendo:

—Me olvidaba añadir que digo la buena ventura, echo las cartas, y adivino el pensamiento.

—Basta, basta, en este sitio no se admiten bromas. ¿No le ha dicho la baraja que se abrieran para usted de nuevo las puertas de la cárcel?

—Sí, señor; pero también me han dicho que esta vez mi prisión será mi triunfo, mi rehabilitación.

—Tiene usted mucho descaro, y le ruego modere su lenguaje; quizá me lo agradecerá. Son ya dos las condenas que ha sufrido usted: una por hurto, la otra por haber asesinado a dos jóvenes.

—Estoy arrepentido; sin embargo, aquellos dos jóvenes me insultaron y yo estaba ebrio: tengo muy mal vino, señor; cuando he bebido no veo nada y ¡ay del que me insulte! Además, no he vuelto a beber desde entonces, lo juré. Y si ha leído usted mi documentación

sabr  que en todo el tiempo que estuve en presidio no d  el más leve motivo de queja.

—S  que es usted un charlatán.  Y lo del hurto?

—Lo que rob  fué una gallina vieja, señor Juez, y me condenaron sin motivo, porque aquella gallina no tenía dueño, corría por un prado que atravesaba con mi caravana... hacía diez y ocho horas que no habíamos comido, y el hambre es mala consejera...aquella gallina me tent , pero dió la casualidad que una vieja me viese y me denunci  a los guardias que a la sazón pasaban pr all .

— Qu  vino usted a hacer en Italia?

—A trabajar en mi oficio, señor; en España no podía vivir y tenía que mantener a mi mujer y mis hijos.

—Parece que aquí ha hecho usted fortuna.

—Es cierto, señor Juez; pero antes de llegar a alcanzarla he sufrido mucho, sobre todo en la cárcel, y ya no valgo para nada, soy viejo y estoy enfermo... Fué un estúpido; la fortuna pude haberla hecho antes si no hubiese abandonado a aquel  ngel en forma de niña que la suerte nos deparó.

—Que rob  usted—dijo el magistrado con calma.

—Le han contado a usted alguna f bula, señor Juez; permítame diga con el respeto debido que le hicieron comulgar con ruedas de molino.

—Tenga cuidado con lo que dice.

—Digo siempre lo que pienso, señor Juez; pregunte usted a la señora Casati, y sabr  cómo encontramos la niña en la puerta de una capilla dedicada a la Virgen de las Nieves... y mi mujer, que sólo tenía dos varones, la cogió, aunque éramos tan pobres que no podíamos mantenerla. Yo era tan bestia que maltrataba a la pequeña y pegaba a mi mujer por haberla recogido. Sin embargo, era tan hermosa, que en mis ratos de buen humor no me cansaba de contemplarla... y en uno de esos momentos felices, imprim  en su bracito el tatuaje que más tarde debía servirle para reconocerla.

—Conozco esa historia, no necesito saber sus detalles, hablemos del motivo de su arresto.

—También lo deseo yo.

El Juez le miraba fijamente.

— Es usted tan ingenuo que no lo comprende?

—Le parecer  singular, pero es así.

— No ha sido usted quien le dió a la señorita Casati el puñal, que debía servirle para matar al marqués Atilio de Montepiana?

Los ojos del viejo z ngaro centelleaban; su cuerpo se irguió.

—En efecto. Aquel puñal es obra mía y estoy orgulloso. Tall  el mango, afil  la hoja y se lo regal  a la señorita Casati; pero no con la intenc n que usted supone, porque si hubiese podido imaginar para lo que tenía que servir, no hubiera sido Virgencita quien lo habría esgrimido, sino yo mismo y le aseguro que no habría errado el golpe.

—Es usted muy audaz y demuestra como todas, un odio terrible hacia el marqués de Montepiana. Sin embargo, es inútil que se las eche de valiente y diga que ignoraba el uso   que estaba destinado el puñal: Virgencita misma ha confesado que con usted, su hijo y

Juan preparó el golpe, y que los únicos que no lo sabían eran la señora Casati y el conde Silvano.

El calderero sonrió con desprecio.

—Conozco el sistema, pretende usted hacerme confesar, pero esta vez no le sirve. Y juro—exclamó con firmeza,—que tanto yo como Juan y Pepe ignorábamos la intenc n de Virgencita, probablemente porque no tuvo tiempo de comunic rnosla, si el marqués Atilio la sorprendió de improviso; pero si lo llegamos a pensar, ninguno de nosotros hubiera dudado, aun a costa de perder su vida, en impedir a Virgencita que se perdiese por un bribón semejante que tanto daño le había causado ya. Nuestra alegría hubiese sido grande en poder pisotear ese reptil.

—Tenga cuidado; si continúa usted con insultos será peor para usted.

— Puede usted volverme a encarcelar? Ahora camino ya hacia el ocaso de mi vida y si pudiese dar los pocos años que me quedan por salvar a esa pobre inocente y castigar a su calumniador no dudar a un instante en hacerlo. A pesar de que ahora llevo una existencia feliz, y la vida me parece más preciosa. Juan y mi hijo defenderán a Virgencita.

— Y no quiere usted confesar que han sido ustedes sus cómplices, que la ayudaron a sacar el herido del carruaje, y depositarlo en un sitio para que se creyese era un suicidio?

—Aunque me hiciesen a trozos, no podría decir lo que no es. Oiga... si Virgencita no hubiese confesado el delito cometido y nos hubiese dicho que había herido al marqués Atilio, tanto yo como los otros, nos hubiésemos declarado autores del crimen. Pero desde el momento en que Virgencita ha declarado haber sido ella sola, obrando en defensa propia, respetamos su voluntad y sentimos no haberlo hecho nosotros, pues sería una infamia condenar a una joven que defiende su honra.

—Ese es el juicio que le merece a usted, pero a pesar de que niega rotundamente, bien pronto quedará probado que han sido ustedes los cómplices de la señorita Casati.

—A menos que las pruebas no las haya fabricado el marqués Atilio, pues es capaz de todo,—exclamó el viejo.

— As , pues persiste usted en negar que es cómplice de Virgencita?

—Si me dijese usted que soy el autor de la tentativa de asesinato y me condenasen, dejando en libertad a la infeliz Virgencita, gritar a con todas mis fuerzas que soy yo el asesino y le besar a las manos agradecido; pero desde el momento que la considera usted culpable, no confesar  la complicidad porque es una mentira y además porque deseo mi libertad para defender a esa pobre mártir...

El Juez estaba irritad simo. Hizo que se llevaran al viejo y que entrara Pepe.

El joven estaba más tranquilo que su padre, y como éste declaró, que si hubiese sabido que el marqués de Montepiana perseguía a Virgencita, él mismo se hubiera encargado de quitarle de enmedio.

Añadió que Virgencita era una víctima de aquel joven corrompido

ACOTACIONES

«Llama de pasión»

Miss Mae Marsh, la magistral intérprete de la obra maestra de W. Griffith, *Intolerancia*, ha llegado a Londres para actuar bajo las órdenes de un director de escena inglés en un nuevo film titulado *Llama de pasión*.

Art Acord sufre un grave accidente

Art Acord, actor de la «Universal», favorito de los públicos latinos e intérprete de numerosos papeles de cowboy del Oeste, está recluido en el Hospital de la Piedad, en Bakersfield, California, con la pierna izquierda rota y el cráneo fracturado a consecuencia de un accidente automovilístico. El coche en que iba, a toda máquina, se volcó

camino de San Francisco, a donde el actor se dirigía para tomar parte en una fiesta hípica.

Raquel Meller triunfa

Nuestra simpática compatriota Raquel Meller es cada día más admirada y elogiada en el extranjero.

Después de *Los oprimidos*, que está impresionando actualmente, ha de representar *La vendedora de sonrisas* con Emmy Lynn, Marcelle Pradot y Jacques Catelain.

Una cinta israelita

El primer film alemán, presentado como tal, ha hecho su aparición en Londres en el «Rivol Cinema», distrito del Este.

La concurrencia a los cinemas de este distrito está casi exclusivamente compuesta por judíos y la película en cuestión se titula *El corazón de un judío*. La producción ha obtenido un grandioso éxito.

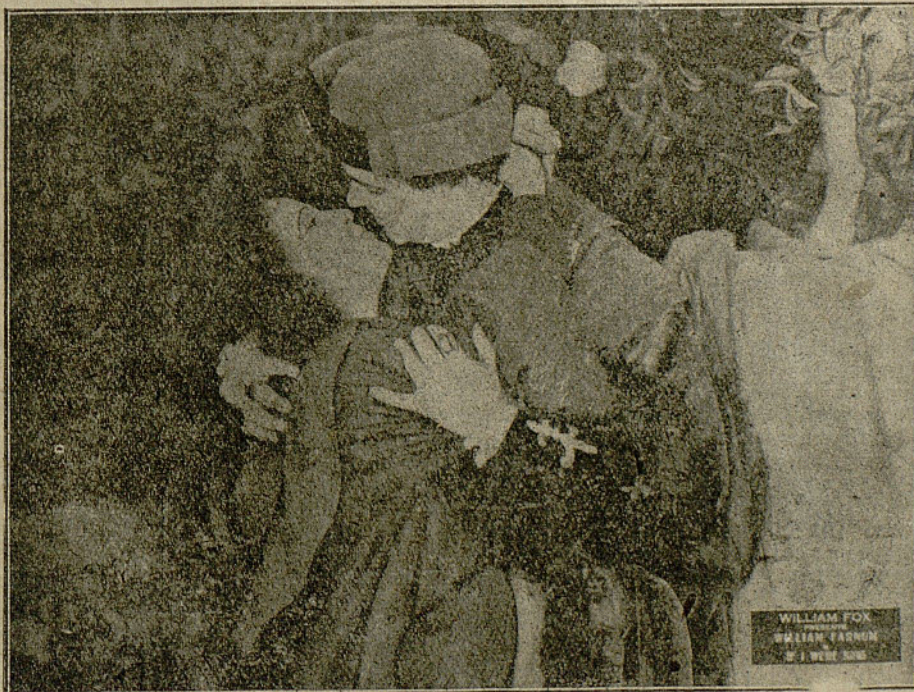
CINE AL DIA

PELICULAS de la SEMANA

Prosigue la calma en el campo de la cinematografía siendo muy pocas las películas que se estrenan en los cines de nuestra ciudad; nos referimos sobre todo a películas de alguna importancia.

En los cines sigue representándose la película de series de la casa «Gaumont», *Los huérfanos*, que ha obtenido un éxito más que regular por el interés que despierta entre el público.

De todos modos no hemos de tardar en admirar las novedades que nos preparan las casas de cinematografía, pues en la primera decena de septiembre abrirán ya sus puertas todos o casi todos los cines de Barcelona que habían sido clausurados por el calor.



Una escena de la gran película «Si yo fuera rey». (Prgrama Verdaguer)



Mac Laren en «Las víctimas del divorcio»

PUEBLOS DE PELICULA

EN SALT LAKE CITY

El «porter», un negrazo gigantesco y ceremonioso, viene a decirme que dentro de pocos minutos llegaremos a «Salt Lake City»; me limpia el polvo del sombrero, del traje, de los zapatos, y, luego de embolsar la propina, se aleja llevando hacia la portezuela del coche mi equipaje de mano. Ya el tren se ha detenido y he saltado a tierra. Acabo de decir adiós a unas cuantas personas amables con quienes vine desde Chicago hasta aquí —durante dos días y tres noches— enjaulado en el mismo «Pullman», gozando de las sorpresas y sufriendo las fatigas de un viaje de muchas horas, interesante a trechos y a trechos monótono.

Un automóvil me lleva por calles amplias, rectas, bien cuidadas (como las de casi todas las ciudades de América del Norte ya visitadas por nosotros), que sombrean altos árboles de fronda espesa y jugosa. A uno y otro lado se ven casas rodeadas de pequeños jardines verdes y floridos. En el fondo se elevan unas montañas retostadas, estériles, desnudas. El aire es seco y de transparencia cristalina. Yo no podía figurarme así —pulcra y florida— a esta ciudad del Oeste, que nació en uno de los lugares más ingratos de la tierra: en un desierto de espantosa aridez y junto a un lago muerto, de agua salina, pesada y densa. Y mientras cruzo rápidamente las calles de esta ciudad bella y progresiva, me asombro —como tantas otras veces, en mis viajes por este país— de los milagros que

puede realizar la energía humana.

Ya en el hotel, me dirigen a una habitación desde cuyas ventanas se dominan gran parte de la ciudad y los montes lejanos, de entonaciones pardas, rojizas, azulencas, violáceas. Muy cerca, entre una masa de verdura fresca y desbordante, alza sus esbeltos muros, sus agujas, torrecillas y pináculos marmóreos, el templo de los mormones.

Sólo voy a pasar veinticuatro horas en Salt Lake City. No hay tiempo que perder. Me aseo rápidamente y salgo a la calle. Un tranvía me lleva a la estación desde donde, en tren eléctrico, iré a la orilla del lago. Faltan aún diez o doce minutos para que el tren se ponga en marcha. Hojeo, entretanto, un cuaderno de notas, y retraigo a la memoria algunos datos inútiles: La ciudad del Lago Salado fué fundada en 1847 por un grupo de mormones que llegaron hasta aquí en busca de un sitio lejano donde vivir en paz, de acuerdo con sus doctrinas religiosas y sociales, tras de las duras persecuciones de que fueron víctima en otros lugares del país. A fin de no ser turbados por gente codiciosa, eligieron para establecerse una tierra muy pobre, donde sólo pudieran vivir a costa de grandes esfuerzos y sacrificios constantes. Y en medio de un valle desierto y árido, en la orilla este de un río, a que dieron el nombre de Jordán, y a unas cuantas millas del Lago Salado, surgió la nueva ciudad. Sus fundadores los «Santos», como a sí mis-

mos se llamaban, dedicáronse a la agricultura y a la ganadería. Su Gobierno fué en un principio de carácter puramente eclesiástico. Salt Lake City, que en 1860 contaba ocho mil doscientos treinta y seis habitantes, tiene hoy una población de más de cien mil. La «fiebre del oro», que llevó hacia California, a mediados del siglo XIX, infinidad de aventureros, contribuyó poderosamente al rápido progreso de la ciudad. Los mormones, siguiendo los consejos de su presidente, Brigham Young, no abandonaron la agricultura para dedicarse a la minería. Pero los buscadores de oro, que cruzaban por su ciudad y se aprovisionaban en ella, los enriquecieron... (Las sacudidas del tren, que se pone en marcha, me hacen interrumpir la lectura.)

Cruzamos planicies arenosas, exentas casi en absoluto de vegetación; un desierto, desolado y gris, de arena salina. Luego el tren avanza por terrenos encharcados. El agua del lago, densa, pesada, gelatinosa, avanza ya, a uno y otro lado de la vía, en pequeñas olas redondeadas. Vemos trozos de tierra, postes, barras de hierro, pedruscos—que se hallan o han estado al alcance de las aguas,—revestidos de una espesa costra de sal. Instantes después llegamos a «Salt-tair Park». Aquí encontramos—era de esperar,—como en todos los sitios por donde desfilan cada año varios centenares de miles de turistas, esas «atracciones» insufribles y ruidosas que encantan a la gente: la montaña rusa, las plataformas y asientos giratorios, los caballitos que dan vueltas también y suben y bajan sin cesar alrededor de un órgano que nos ensordece y aturde con su música estrepitosa; los salones de tiro al blanco, las rifas, los tenduchos de comidas y refrescos, etc., etc. El sol rebrilla en las aguas densas, pesadas, gelatinosas del lago, sobre las cuales los bañistas—aun los más desconocedores del arte de natación—flotan, sin lograr hundirse, como muñecos de corcho. Voy de un sitio para otro, y a la hora de haber llegado, tomo el tren para encaminarme de nuevo a la ciudad y huir del fastidio, que empieza a asaltarme.

Ya de noche, desde la ventana de mi habitación, veo la ciudad espléndidamente iluminada, llena de lucecitas blancas, multicolores, inmóviles unas, otras que aparecen y desaparecen de continuo, en juegos caprichosos. Y sobre la ciudad, un cielo bello, diáfano, profundo—luminoso también,—donde palpan, clara, intensamente, las estrellas.

Antonio Heras

¿Qué piensa V. de la pantalla?

Invitamos a nuestros lectores a que den su opinión sobre películas, artistas y compañías productoras.

BUZON PUBLICO

Sr. Director de CINE POPULAR.

He leído algunos artículos en el CINE POPULAR, que con tanto acierto usted dirige, y he visto las distintas y varias opiniones que los asiduos lectores de esta revista dan acerca de las películas americanas y europeas (italianas, francesas y alemanas). Aunque pobre, voy a dar mi opinión.

Yo creo que las películas americanas no se pueden comparar a las europeas, debido a que estas últimas tienen un no sé qué de tragedia que las americanas ni con mucho les igualan.

Como decía el señor Antonio A. en su opinión, muy pocos actores americanos son los que saben dar una nota de dolor en sus escenas, y los que las saben dar no se pueden igualar a los europeos.

Las películas europeas sugestionan al espectador desde los primeros momentos, y a los actores se les ve sufrir, y en su semblante se marca un gesto de dolor que sirve para que el concurrente esté continuamente en un estado de verdadero interés, y con una intriga que sólo al final de la película se ve, las *toilettes* son preciosas, y la presentación, sobre todo las de la «Superproducción Pax», es sugestiva.

Los americanos prescinden de todo esto; su único afán es presentarnos trucos, caballos que galopan y buenos tiradores, que cuando entran a tomar whisky hacen gala de sus facultades arrollando y atropellando. Esto da lugar a que, en vez de intrigarnos cuando los vemos al borde de un precipicio, hagamos un gesto displicente y digamos: «¡Bis! ¡No se ha de matar!»

Esta clase de películas gustan sólo a los niños, porque éstos después en sus juegos pelean y luchan, como ellos dicen, imitando a Polo.

Quien haya visto *Flor de Otoño*, *Como aquel día*, *La vida y la muerte*, de Leda Gish, y otras de la gran Bertini, Pina Menichelli y otras muchas, unidas con los actores Tullio Carminati, Alberto Collo y Gustavo Serena, puede juzgar.

Me uno, pues, a las opiniones de los señores X. X. y Antonio A.

M.^a Anunciación Casas

Sr. Director de CINE POPULAR
Barcelona

Muy señor mío: Ante el innúmero de juicios por colaboradores

en la presente revista, me permito dar mi opinión, como sigue:

Francia.—Esta nación, origen del cinematógrafo, que en tiempo pasado, posterior a la conflagración acaecida en el órgano de la civilización, Europa, que ha causado desolación, ruina y perdición de la humanidad, fué la excelsa sociedad productiva del meritoso arte francés, por la unitiva virtud del ajuste y grado de perfectibilidad que en conjunto ha dado el más alto estímulo de complejidad, sus producciones luego de un crítico período de principio a la decadencia, transcurrido como un sueño entre las sombras y los chispazos centelleantes del colérico estampido de los cañones, renace estos últimos meses con aquel ardor que siempre llevó en su alma y con vigor, más que suficiente, para encumbrarse en el lugar que otro día le arrebataron indefensamente los que hoy únicamente nos presentan el arte sin dolor... sin vivirlo... sin esa parte de arte que se llama esencia...

Alemania.—Fijando uno su atención entre los varios países dedicados a la industria cinematográfica, en nuestros días la tercera, no debe pasarle desapercibido el paso gigantesco que en dos años escasos ha dado esta nación, revelando, aunque principiantes en la materia, que no se arredran en lo más mínimo al hallar ante su vista el sin fin de productores que abastecen el mundo entero. Alemania triunfará en sus producciones porque sus películas están dotadas, la mayor parte de ellas, de hechos rigurosamente históricos que reflejan en la época actual un gran adelanto a la cinematografía moderna, pudiendo clasificarse sin exageración como los segundos distribuidores del film artístico, después de los franceses.

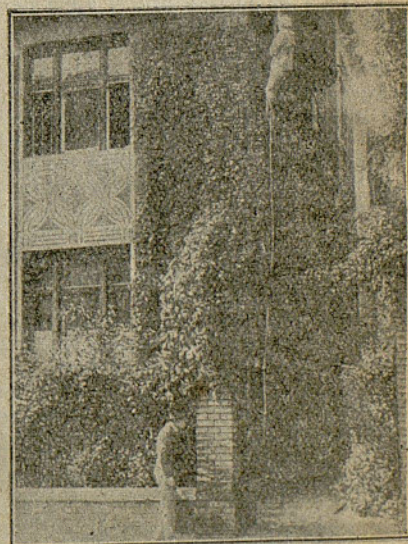
Italia.—Italia, jardín de Europa, país de luz y de belleza, con todo y ser uno de los Estados que podría superar en el conjunto de reglas aclamadas con el nombre de Arte a las restantes naciones, por sus preciosos panoramas y sus ruinas antiquísimas que atestiguan las titánicas luchas que en la antigüedad fueron sometidas bajo el yugo de los romanos, sus películas están bien encajadas por lo que a interpretación de los actores se refiere, pero lo que es por parte de las actrices es bochornoso y detestable

su trabajo que resulta a la par que pesado, ridículo, siendo ésta, causa y base de que los films de la poética Italia sean desmerecedores del valor que su argumento encierra.

Norteamérica.—Yankilandia, ese poderío que en la cinematografía se hizo famoso un día, que aprovechando la consternación reinante que a la Europa entera había causado el furor de los contendientes llamados a batallar para salvar a su pueblo de las garras del enemigo, que invasor se aprestaba a derrumbar a esta primera parte del continente antiguo, en la hora presente nos revela por lo que de allende percibimos que la parte del león que hasta poco se ha atraído, serán otros..., otros que saben con más vindicación lo que es calidad de una cosa digna, lo que es el libro de la vida punto por punto, creadores del papel que vibra en sus espíritus, que sienten la nostalgia de ver convertida su patria en el ídolo perdido, más bien dicho, atropellado irrazonablemente en tiempos endebles por parte de ellos...

F. de A. Castellví

Reus.



Una escena de la película «Ladrón de joyas»



PREGUNTAS

537.—¿Conoce usted algún medio casero para hacer hielo?—*M. de T.*

538.—¿Podría indicarme algún procedimiento eficaz para extirpar las verrugas?—*Carmen O.*

539.—¿Qué podría hacer para tener blancas las manos?—*Lulú.*

540.—¿En dónde encontraría una fórmula para hacer en casa magnesia efervescente?—*Ruth.*

541.—Estoy en la sierra, a muchos kilómetros del mar, y me han dicho que los baños de mar me serían convenientes. Como no puedo ir a tomarlos, ¿hay algún medio de substituirlos?—*Campešina.*

542.—¿Cómo se puede limpiar un vestido de terciopelo?—*C. C.*

543.—¿Qué preparado es el mejor para suavizar la piel?—*Una rubia.*

RESPUESTAS

537.—Pueden seguirse varios procedimientos, y según el que se elija, así habrá que proveerse de uno o dos frascos con los productos químicos necesarios.

Los procedimientos para fabricar hielo son los siguientes:

Si se pone en un cubo un bote grande u otro recipiente cualquiera y se echa alrededor una mezcla de ocho partes de sulfato de sosa y cinco partes de ácido clorhídrico, se obtiene una temperatura de 15 a 17 grados bajo cero, suficiente para convertir en un carambano el agua contenida en el bote.

Pero aún es más cómodo otro sistema que sólo exige llevar en la maleta un frasco con nitrato de amoníaco. Con este producto disuelto a partes iguales en agua, se hiela en poco tiempo el agua de un cacharro puesto en contacto con la mezcla.

En invierno, cuando hay nieve a nuestra disposición, se obtiene un frío de 20 grados bajo cero mezclando a partes iguales nieve y cloruro de calcio.

538.—El jugo de limón hace desaparecer las verrugas aplicándose dos o tres veces al día con un pincel. También el nitrato de plata las quema, pero es mejor que consulte usted al médico para ver de qué clase de verruga se trata, pues a veces es peligroso quitarlas.

539.—Hay personas que tienen la mala costumbre de no enjugarse bien las manos al lavarlas, el resultado de esto son las manos rojas, y en tiempo frío las grietas feas y dolorosas.

La siguiente receta, además de ser la mejor, es la más barata de que se puede hacer uso para blanquear las manos rojas o quemadas por el sol.

Tómese una patata, cuézcase en agua, y después tritúrese con un poco de leche adicionada con una cucharada de agua oxigenada. Hágase una aplicación de esta pasta diariamente en las manos durante un cuarto de hora, según el tiempo de que se disponga. El resultado es admirable.

540.—La fórmula llamada de Roger es la más práctica. Tómese de: bicarbonato de sosa, 43 gramos; ácido tartárico, 43 ídem; sulfato de magnesia, 32 íd.; carbonato de magnesia, 43 ídem. Perfectamente desecadas y porfirizadas estas substancias, mézclense íntimamente y consérvense en frasco de tapón esmerilado.

Dosis: una cucharadita, desleída en agua, que se tomará en el momento de la efervescencia.

541.—Hay un medio, aunque algo imperfecto, que es el siguiente:

Disuélvase en el agua de la bañera: sal morena, 2 kilogramos; sulfato de sosa, 1 ídem; cloruro de magnesio, 1 ídem; cloruro de calcio, 500 gramos.

542.—Cuando está el terciopelo muy manchado por una materia grasa, se frota rudamente con un paño humedecido de amoníaco líquido y luego se lava perfectamente con zumo de limón o esencia de trementina.

543.—Es excelente la siguiente fórmula casera:

Polvos de malvavisco impalpables, 100 gramos; harina de centeno impalpable, 50 ídem; miel blanca, 30 ídem; aceite de almendras dulces, 10 ídem; agua filtrada, 100 ídem. Mézclense exactamente las dos harinas en un mortero de mármol o porcelana. Derrítase, aparte, al baño de María, la miel con el agua filtrada. Viértase esta agua de miel, por fracciones, sobre las harinas, meneando para obtener una pasta semilíquida bien ligada. Añádase el aceite y tritúrese con la mano de mortero, hasta perfecta incorporación. La pasta no debe quedar muy blanda ni muy dura; en este caso, se desleiría con un poco de agua. Aplíquense dos o tres capas de esta pasta sobre la piel. Déjese en contacto durante 4 ó 5 horas. Quítase, después, con agua tibia.

CORREO DE MABEL

Calima: No puede ser. Le daría muy malos resultados.—*Una desesperada*: No encuentro suficientes motivos para tal desesperación. Deje que el tiempo ejerza su acción bienhechora y verá como se calma su despecho.—*Rubita del Oro*: En efecto, así se dijo, y, lejos de ser un error, es una verdad como un templo.—*Cora*: No. No lo he recibido.—*Dos mujercitas*: ¡Qué cabezas! No hagan nada sin previa consulta con sus papás.—*Una filósofa*: No me atrevo, francamente, a darles mi opinión. El asunto es delicadísimo y no tengo suficientes elementos de juicio.—*Margot*: No lo crea.—*Dos primas*: Atenderé su petición gustosísima.—*B. B.*: Lo encontrará en cualquier almacén bien surtido.—*P. Pila, Una manresana, C. L. M., Una que no tiene novio, Petrucha, Magdalena F. y Jossellín*: Han sido ya contestadas sus preguntas. Busquen en números anteriores y las encontrarán.—*Ana, Pilar Cilla, Escuer, D. O., Una trigueña, Caída de ojos, Mabel II, Un valenciano y R. S.*: ¡Paciencia! ¡Todo se andará!

MABEL

CORRESPONDENCIA

J. Moreno (Cádiz): No hemos recibido la carta a que usted alude. Procuraremos complacerle.

Jovita: En el número anterior quedó contestada su pregunta. Puede enviar su importe y le mandaremos lo que usted pide.

M. J. S. (Tortosa): Tomamos nota de sus indicaciones. Recibiremos y publicaremos con mucho gusto los artículos que usted ofrece enviarnos, si son publicables.

Antoñita Castro: Las postales valen sólo 0'20 pesetas cada una y cobramos 0'50 por gastos de correo en cada paquete.

Dos amigos: Serán ustedes complacidos en su demanda.

TALLER FOTOGRÁFICO INDUSTRIAL R. ARRAUT

Especialidad en trabajos de laboratorio para aficionados: Revelar copiar y ampliar fotografías de todas clases. Coloración de positivos en papel o cristal. Positivos estereoscópicos en negro y sepia (Alpha). Taller especial para toda clase de trabajos industriales.

BUENSUCESO, 7

BARCELONA

Los grandes regalos de Cine Popular

La administración de esta revista, en virtud de un contrato hecho con las más importantes casas extranjeras editoras de figurines de modas, ha puesto a la venta los que se anotan al pie de este anuncio.

En obsequio a los suscriptores y lectores de CINE POPULAR, ofrecemos una rebaja a los primeros de 20 % y a los segundos de 10 % sobre los precios marcados.

Los lectores deben remitir el adjunto cupón, acompañado del importe correspondiente, a nuestra Administración, **Barbará, 15 - BARCELONA**.

(Los suscriptores deben hacer constar su condición de tal)

CUPON VALE para optar a un álbum
con por ciento de descuento.

	Ptas.		Ptas.
Album de Bal (anual)	10	Patrons Favoris Blouses (idem)	5
Blouses Artistiques (2 veces al año)	5	Patrons Favoris Enfants (idem)	3
Blouse Ideal (idem)	2'50	Patrons Favoris Lingerie (idem)	5
Chapeaux Modernes (4 veces al año)	3'50	Patrons Favoris Gentlemens Fashions (idem)	5
Ideal Parisien (mensual)	3	Patrons Favoris Tailleur (idem)	5
Joie des Modes de Paris 2 veces al año)	4	Patrons Favoris Travestis (anual)	5
Manteaux et Costumes de Promenade (idem)	3	Paris Chic (mensual)	5
Mode de Paris (idem)	3	Toilettes d'enfants (2 veces al año)	2'50
Mode Nationale (mensual)	1'25	Toilettes Modernes (mensual)	2'25
New Ladies Fashions (10 veces al año)	6	Ultima Elegancia (idem)	1'25
Patrons Favoris Dames (2 veces al año)	3	Tres Chic (idem)	4
Patrons Favoris Ceremonies (idem)	5		

Señoras:

Las Arrugas del cutis, Granos e Irritaciones de la piel, desaparecen con el uso de la
No debe de faltar en el tocador de toda señora que cuida su belleza. Nada de perfumería. Deja el cutis terso y suave. Probarlo, es adoptarlo.

Laboratorios d'Hory

LOCION D'HORY

Aragón, 207. Venta: Centros de Específicos, Farmacias y Perfumerías.



SHIRLEY MASON



*L*e recomienda adquirir el insuperable número almanaque de **La Novela Semanal Cinematográfica**, que aparecerá muy en breve con un **COSTOSO ÁLBUM-REGALO** con tapas de cartón y papel tela, para coleccionar las postales del año 1924.



Presentación a todo lujo